

I

LAS ESTELAS EN LA TRADICION HISTORIOGRAFICA DE LA ARQUEOLOGIA ESPAÑOLA

INTRODUCCION

El estudio que aquí se propone debe comenzar con un detallado planteamiento de lo que las estelas son y han significado para los diferentes investigadores que se han ocupado de ellas. Se trata de un objeto de estudio con una tradición en la bibliografía arqueológica que se remonta casi un siglo atrás, y que, consecuentemente, ha sido relacionado con muchos de los temas que han centrado la atención arqueológica a lo largo de ese período de tiempo y se ha visto influido por las diferentes perspectivas teóricas que se han sucedido en esta disciplina.

Esta visión diacrónica permite que, paralelamente, se desarrolle la hipótesis de la que partimos, haciendo explícitas las opiniones que han servido para orientar este trabajo desde una óptica determinada. Ayudará, además, a aclarar las limitaciones que sin duda tenga y a situar en esa línea continua de la investigación las ideas que a continuación se desarrollan.

Quizás porque las estelas han sido siempre miradas y concebidas desde un punto de vista que ha primado el análisis individualizado de los elementos representados en ellas, con el fin de deducir su origen y cronología, otras posibles variables significativas han sido relegadas a un segundo plano. De esta forma, datos como su función real o su localización geográfica han sido marginalmente tratados o reconstruidos a través de datos muy fragmentarios cuando no de dudosa fiabilidad.

Por todo ello este trabajo se inicia por la valoración de la información existente, su crítica y la propuesta de un nuevo marco explicativo.

ESTADO DE LA CUESTION

A partir del reciente estudio de Celestino (1990: 49-50) se puede realizar una división de los estudios sobre las estelas en cinco grupos, atendiendo principalmente al origen cultural atribuido a las estelas, entendiendo realmente como tal el origen cultural de los diferentes elementos representados en las estelas. Estos grupos son:

1. *Origen atlántico*, defendido por Barceló (1989) y Coffyn (1985).

2. *Origen indoeuropeo*, tesis defendida por Almagro (1966), y hoy aún mantenida por Curado (1984 y 1986).

3. *Origen fenicio*, apoyado por Blázquez (1983, 1986, 1987 y 1989) y por los trabajos más recientes de Almagro Gorbea (1989 y 1990), si bien con matices diferentes en cada caso.

4. *Origen egeo*, sólo mantenido por Bendala (1977, 1983, 1986, 1987 y 1989).

5. *Eclecticismo*, grupo en el que militarian todos aquellos autores que aceptan varias posibilidades, como sería el caso de la primera interpretación de Almagro Gorbea (1977), así como las de Pingel (1974) y Varela y Pinho (1977).

Parece significativo que esta clasificación no recoja ninguna tesis indigenista, es decir, la de aquellos que opinan que, independientemente de los objetos representados en ellas las estelas son reflejo de las poblaciones o grupos indígenas de la región (Ruiz-Gálvez, 1984: 527-28).

Este olvido tiene una clara lectura, como veremos al analizar más detenidamente las opiniones de cada autor, pues si bien para todos ellos representan un elemento cultural de los habitantes del Suroeste, el origen y procedencia de éstos es uno de los puntos claves de discusión. Ello justifica nuestra consideración que, más que de una división desde el punto de vista del origen cultural, lo que realiza Celestino es una diferenciación según la procedencia que los diversos autores adjudican a los elementos figurados en las estelas, no siempre coincidente con el origen de aquellos que las erigieron.

Como veremos también, estas divisiones, aun cuando conviven en el tiempo, tienen un claro sentido histórico y son reflejo de los pasos seguidos por el conjunto de la investigación arqueológica española sobre este período de la prehistoria peninsular.

Cada una de las opciones se acompaña de un contenido cronológico que, obtenido a partir de los paralelos atribuidos a cada elemento representado, acaba reforzando las opiniones de cada autor.

Como puede verse en el gráfico (Fig. 1), las cronologías propuestas para el fenómeno de las estelas reflejan claras discordancias.

De esta forma, los partidarios de un origen atlántico

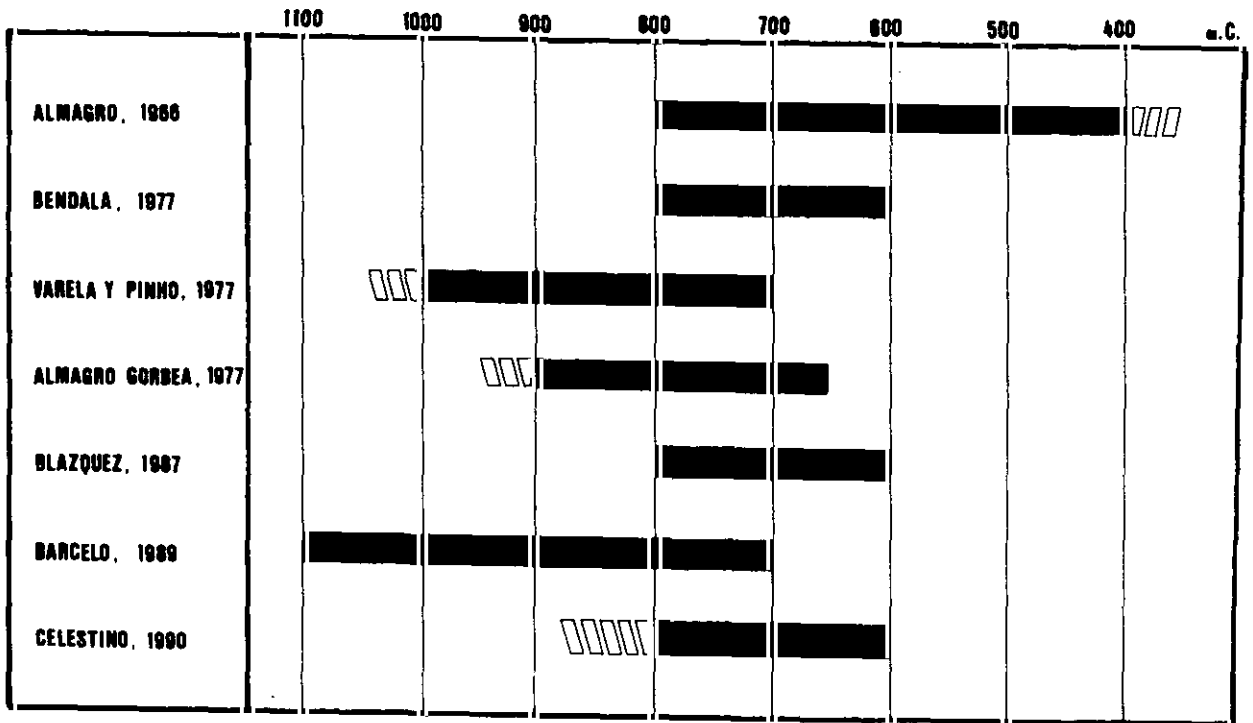


Fig. 1.—Cronología de las estelas del Suroeste según diferentes autores.

consideran apropiadas fechas entre los siglos XI y VIII a. C., o lo que es lo mismo, Bronce Final II y III en cronología atlántica.

Por el contrario los que sostienen tesis orientalistas proponen dos dataciones bien diferenciadas. Para Blázquez y Bendala las estelas reflejan un momento coetáneo a las primeras colonizaciones históricas, lo que nos lleva a los siglos VIII-VII a. C. Por su parte Almagro Gorbea ve en ellas signos claros de un momento protocolonial, que habría que fechar entre los siglos IX y VIII a. C., pero cuyos orígenes se rastrean desde fines del II milenio a. C.

En el caso de los partidarios de la procedencia indoeuropea las fechas se establecen a partir del momento en que se haya creído poder fechar las invasiones célticas. Para Almagro estas tendrían lugar desde el 800 a. C., en tanto para Varela y Pinho y posteriormente para Curado ese inicio habría que situarlo en el siglo X a. C.

Por su parte los eclécticos, como parece lógico suponer, aceptarían una mayor amplitud del fenómeno, entre los siglos IX y VII a. C., lo que implica la aceptación del surgimiento de las estelas en pleno Bronce Final indígena, con o sin estímulos precoloniales, y su perduración hasta la total orientalización del territorio, que Celestino (1990: 60) cree poder fechar a fines del siglo VII a. C.

Antes, sin embargo, de aceptar cualquiera de las opciones, habría que examinar detenidamente cual es la base sobre la que cada una de ellas se sustenta, y puesto que todos los autores asumen que la práctica totalidad de las estelas se encuentra descontextualizada, dos son los aspectos que resultan clave para este análisis:

- La aceptación acrítica de la función funeraria de las estelas como marcadores de tumbas.
- La metodología empleada para filiarlas y datarlas.

ESTELAS Y TUMBAS

Quizás el postulado básico, del que se han derivado todas las demás ideas discutidas a lo largo de un siglo de investigación, parte de la funcionalidad funeraria atribuida a las estelas, bien como losas al modo de las alemanas, bien como marcadores verticales del lugar de enterramiento.

La cuestión arranca desde el mismo descubrimiento de la primera estela conocida, Solana de Cabañas, y fue sancionada por los sucesivos investigadores que, generalmente de pasada, tocaron el tema.

Hoy conocemos más de ochenta estelas, y aunque algunas están claramente reutilizadas, se sigue insistiendo una y otra vez en que la mayor parte se encuentra fuera de su contexto originario, pues halladas comúnmente en el transcurso de tareas agrícolas, habrían perdido la relación con el enterramiento al que pertenecieron.

Tradicionalmente se ha supuesto que el rito correspondiente a las estelas sería la inhumación en fosa o cista (Almagro, 1966: 199), probablemente sin ajuar, que sería sustituido por su representación en la piedra. Pero lo cierto es que esta interpretación se basa únicamente en tres casos (la antedicha de Solana de Cabañas y las de Granja de Céspedes y Setefilla), a los que habría que añadir otro posible enterramiento pero con ritual incineratorio (Buoux I).

En total estos cuatro casos suponen apenas un 5% del total de las estelas y, si con ese porcentaje se hace ya muy difícil sostener la validez general de la interpretación, un estudio atento de las circunstancias del hallazgo y de la relación estela-enterramiento en ellos dista mucho de aclarar su significado (Ruiz-Gálvez y Galán, 1991: 258-259).

La estela de *Solana de Cabañas* apareció al arar, según el testimonio de su publicador (Rosso de Luna, 1898), y cubierta por un majano de piedras. Refiere como según los lugareños habría aparecido sobre una fosa conteniendo los restos de un cadáver, «ligeras cenizas como de esqueleto humano» (*ibidem*: 180), trazas de un objeto metálico y un vaso funerario que fue destruido, del que dice conservar un asa de barro amarillo basto. Explícitamente afirma que él no vio la fosa, cerrada ya por las labores agrícolas, por lo que habla sin un conocimiento directo del hallazgo.

Almagro (1966: 27), al referir las circunstancias del mismo transforma las ligeras cenizas descritas en restos de esqueleto humano y, por tanto, en un enterramiento de inhumación, a la vez que omite, tal vez juzgándola irrelevante o carente de fundamento, la descripción que Rosso de Luna hacía de los elementos del posible ajuar.

Don José Oliva, vecino de Solana que amablemente nos mostró el lugar del hallazgo, del que aún se conserva memoria, refiere que ningún recuerdo permanece de la existencia de sepultura, cadáver u otros elementos asociados. Aunque dado el lapso de tiempo transcurrido toda información actual debe ser tomada con precaución, cabe, a la luz de todos los datos, dudar de las características y aun de la misma existencia de tal enterramiento.

La estela de *Granja de Céspedes*, fue publicada por el propio Almagro (1962, 1963 y 1966) quien, recogiendo las referencias que le proporcionaron los autores del hallazgo, puesto que tampoco asistió al descubrimiento de la tumba, afirma que se trataría de una sepultura de inhumación en fosa. La tumba habría estado cubierta con la estela o ésta habría estado hincada a su lado y caído después sobre el enterramiento. Los únicos restos encontrados, algunos fragmentos de hueso que Almagro da como humanos, le parecieron insuficientes para la realización de un análisis antropológico.

Por otro lado en ninguna de las publicaciones en que se presenta esta estela se dice en que posición apareció sobre la tumba, ni el tipo de fosa, lo que, junto a las dudas de Almagro sobre su interpretación como losa o marcador, sugiere que posiblemente el hallazgo se realizó en el transcurso de labores de la finca, sin poderse documentar más claramente la posición original, y lo que es más importante, la relación con el enterramiento.

La estela de *Señefilla* fue hallada por Bonsor y Thouvenot en los años veinte durante su excavación de la necrópolis orientalizante que le da nombre, datable en los siglos VII-VI a. C. (Bonsor y Thouvenot, 1928; Almagro, 1968 y 1974; Aubet, 1981).

Apareció entre los túmulos I y G, cubriendo una fosa que contenía restos óseos, sin especificar si eran humanos o no, restos de un vaso funerario y un esqueleto mal conservado (Almagro, 1974: 324-30). Por otro lado la estela conservaba la pátina de haber estado hincada en

tierra, por lo que no se encontraba en su posición original.

De todos estos datos parece deducirse una reutilización de la estela en época orientalizante, si bien no es posible fechar los materiales que contenía la tumba, dada su insuficiente descripción y que hoy pueden darse por perdidos (Aubet y otros, 1983: 19). Es pues un caso similar al de la estela recientemente aparecida en Cancho Roano, reutilizada en un escalón de acceso al edificio (Celestino, 1991), con la diferencia del contexto de la reutilización.

Por último, la estela de *Buoux I* apareció hace pocos años al realizarse trabajos agrícolas en la granja de Salen (Buoux, Vaucluse) en la Provenza francesa, y por su situación queda bastante alejada de la cuestión de los enterramientos bajo estela del Suroeste peninsular.

Sin embargo, resulta interesante porque sus publicadores (Müller, Bouville y Lambert, 1988) la ponen en relación con un campo de manchas cenicientas y la estudian junto a un enterramiento en urna cineraria, correspondiente a un ambiente de Campos de Urnas de la región. Toda vez que la estela apareció tumbada boca abajo, es decir, fuera de su posición original, y no se detalla la situación de la urna respecto a ella, nos es imposible especificar la relación entre ambos, que sin embargo es sugerida por su estudio conjunto.

Sólo el problema de su adscripción cultural ya es, de por sí, bastante complejo, puesto que aun si la relación urna-estela estuviera clara, que no es el caso, se trataría de una adaptación de un modelo foráneo por gentes de cultura muy diferente y con un rito funerario opuesto al que se ha supuesto para las estelas en el Suroeste.

Además su análisis se complica si aceptamos la cronología que Vital (1990) propone para ese tipo de urna en el Bronce Final IIa en cronología francesa (Hatt, 1961), lo que supone fechas absolutas entre 1150 y 1050 a. C., tan antiguas como las que se han supuesto para las primeras estelas en el Suroeste en las cronologías más altas.

Aunque en otra época este hallazgo hubiera podido ser explicado en el marco del esquema invasorista, como una prueba de la procedencia indoeuropea de las gentes que realizaron similares monumentos en el Suroeste, hoy hay que pensar que tales fechas son incongruentes con el conjunto del fenómeno, y que si son correctas para la urna, entonces ésta y la estela no son coetáneas o las estelas francesas son totalmente independientes de las encontradas en la Península.

Vista la información existente sobre enterramientos directamente relacionados con estelas y su fragilidad, se comprende perfectamente que otras evidencias hayan sido argüidas para apoyar su función funeraria. Así, se ha supuesto la vinculación de estelas como Ervidel II, Hernán Pérez o El Carneril en Trujillo a enterramientos en cista (Almagro, 1977: 193).

Actualmente la única necrópolis de cistas en la región fechada en el Bronce Final es la de Valcorchero, datada a falta de restos óseos o de ajuar de cualquier tipo por su cercanía al poblado de Boquique (Almagro Gorbea, 1977; Esteban, 1984). Pero lo cierto es que la datación de las cistas en el Suroeste no deja de ser, en general, problemática (Schubart, 1975; Gil Mascarell y otros,

1986) y ningún argumento suficientemente firme permite hacerlas perdurar, en el estado actual de nuestros conocimientos, hasta el Bronce Final (Belén, Escacena y Bozzino, 1991: 229-33 y 249-50), por lo que su cercanía a las estelas es irrelevante.

El fuerte arraigo de estas opiniones, sin base arqueológica real, se explica observando el fenómeno funerario de la región desde una perspectiva más amplia. La ausencia de enterramientos arqueológicamente detectables durante el Bronce Final y los inicios de la Edad del Hierro en el Suroeste se repite en el resto de la fachada atlántica española (Ruiz-Gálvez, 1984, 1987 y 1991) y forma parte de un fenómeno que se extiende por todo el mundo atlántico europeo (Ruiz-Gálvez, 1987; Bradley, 1990).

Esta ausencia ha tendido a paliarse, en buena medida inconscientemente, admitiendo la perduración de determinados rituales, como los enterramientos en cista a los que ya nos hemos referido, la reutilización de dólmenes en el Noroeste y en la Meseta Norte Occidental (Esparza, 1990), o la interpretación funeraria de las fosas abiertas en el xabre del norte de Portugal (Martins y Jorge, 1992). En este mismo panorama hemos de incluir la versión tradicional de la función funeraria de las estelas decoradas del Suroeste. El que éstas hayan sido consideradas enterramientos de inhumación, a partir de los estudios de Almagro, responde a otras razones, como más adelante veremos.

La reciente propuesta de Celestino (1990: 56), para quien la tipología de las estelas refleja en la aparición de la figura humana el proceso de cambio del ritual inhumador al incinerador, participa de esta misma necesidad de localizar a los muertos en el registro arqueológico del Bronce Final en el Suroeste peninsular, sin pruebas arqueológicas más precisas que las hipótesis anteriormente expuestas.

Parece preciso, pues, empezar a buscar en otra dirección, al igual que se ha hecho en el resto de la Europa Atlántica (Bradley, 1990) reinterpretando los hallazgos de armas, y en particular espadas, arrojadas a las aguas y de ciertos depósitos conteniendo elementos de ornamento, como la manifestación visible de rituales funerarios que no dejan huella en la tierra. Ello no excluye necesariamente un valor funerario para las estelas, pero en todo caso diferente al que se le venía atribuyendo.

LA METODOLOGIA TRADICIONAL

Una somera lectura de los diferentes trabajos dedicados a las estelas muestra como todos los autores han aplicado un mismo método de estudio a las estelas. Este consiste básicamente en fecharlas a partir de los elementos en ellas representados, analizando sus paralelos y cronología.

A pesar de esta unidad metodológica, hemos visto como las conclusiones obtenidas difieren notablemente.

Barceló (1989: 192) ha denunciado recientemente los errores y excesos a los que este sistema ha conducido, lo que no le ha impedido fechar las estelas por el mismo sistema según su propio criterio. Más que errores, por tanto, habría que hablar de planteamientos previos

distintos, dependientes de la formación de cada investigador y de la época en que desarrolla su trabajo, cuyos efectos sobre las conclusiones alcanzadas son manifiestos.

Por ejemplo, quien ve en las estelas elementos claros de comercio atlántico no puede fechar las estelas por debajo del siglo VIII a. C., cuando esa red comercial se está desintegrando. Por el contrario, quien considera que los elementos representados son de clara filiación colonial, apenas podrá aceptar una datación por encima del mismo siglo, cuando las colonizaciones aún no se han producido.

En conclusión, podemos aceptar una datación genérica en las últimas fases del Bronce Final, pero no hay unidad de criterio respecto a los orígenes del fenómeno ni a su conclusión.

La metodología tradicional ha sido útil para crear una seriación que, a grandes rasgos, es coincidente entre todos los investigadores (Pingel, 1974; Varela y Pinho, 1977; Almagro Gorbea, 1977) y que ha permitido integrar al menos una mayoría de los hallazgos de los últimos años en el esquema general de la tipología.

Sin embargo, ello no significa que la tipología haya sido obtenida de una forma correcta y generalmente admisible, pues la norma ha sido la comparación con elementos reales obtenidos del registro arqueológico, las más de las veces sin tener en cuenta sus ámbitos de distribución y concediendo igual valor a las representaciones que a los objetos reales (Almagro Gorbea, 1989).

Sin duda ello está propiciado por la consideración de las estelas como representaciones de ajueres funerarios, es decir, como reflejo de conjuntos cerrados de objetos que habrían circulado a la vez y se representan en el momento en que están de moda entre las élites del Suroeste peninsular.

Este razonamiento, como veremos, no es tan válido como en un principio pudiera pensarse, pues ya hace tiempo se vio claro que no existe una clara correspondencia entre la cronología atribuida a los diferentes elementos que aparecen en una misma estela y que objetos considerados entre los más antiguos coexisten con otros más evolucionados (Almagro, 1966; Almagro Gorbea, 1977). Este fenómeno se ha querido explicar bien a través de la idea de la «perduración» de determinados elementos, que no hace sino certificar nuestro desconocimiento del significado real de las representaciones en las estelas, o bien hablando en determinados casos de actualizaciones del contenido de las estelas por adición de elementos, como Varela y Pinho (1977: 185-86) aprecian en el caso de la de Brozas.

Debido a ese mismo planteamiento de ajuer/conjunto cerrado con el que han sido vistas las estelas, se ha relegado a un segundo plano la valoración simbólica de muchas de las representaciones grabadas. Es común encontrar en los diferentes trabajos afirmaciones sobre el valor social y de prestigio, e incluso funerario, de tal o cual elemento, o sobre la panoplia completa. Lo que no es tan frecuente es la comprensión paralela de que los objetos elevados al rango de elementos simbólicos pueden tener una vida más larga que sus referentes reales, y lo que es más, un significado potencialmente distinto.

Todo ello, sin duda, es un factor que distorsiona las

cronologías basadas en la apariencia formal de las representaciones.

Habría, pues, que haber adoptado otra forma de estudio para las estelas que asegurase, en la medida de lo posible, los pasos dados. Malmer (1989: 93) propone para el estudio del arte rupestre nórdico, cuyas figuraciones son en parte comparables con las de las estelas, un sistema de estudio en tres pasos sucesivos.

1. Comparar las representaciones entre sí, es decir, su análisis interno.
2. Comparar las representaciones con los materiales que proporciona el registro arqueológico local.
3. Comparar las representaciones con materiales similares distantes en tiempo y/o espacio.

De esta forma, en el campo de estudio de las estelas el primer paso ha sido abordado seriamente sólo por Almagro Gorbea (1977), prefiriéndose siempre la comparación directa entre las representaciones y paralelos lejanos pero bien fechados. La ausencia de tales materiales en el registro arqueológico local o regional nunca ha sido considerada importante para la aceptación de las conclusiones así obtenidas.

En resumen, argumentar que las estelas sean testigo mudo de contactos atlánticos, centroeuropeos o mediterráneos siempre será posible, en tanto su dinámica interna nos sea desconocida y las relaciones con su entorno inmediato pasadas a un plano secundario por la inexistencia en él de los elementos representados en las estelas.

ESTELAS Y ESCUELAS: UNA REVISIÓN DE LAS INTERPRETACIONES

Llegados a este punto parece hora de caracterizar con mayor profundidad las diferentes opiniones esbozadas al principio sobre las estelas. Aunque no se renuncie en cierta forma a su exposición cronológica, creo que la forma más clara de desarrollar este apartado es agrupar las opiniones de los diferentes autores haciendo una historia de las ideas que subyacen en ellas, es decir, destacando aquellos rasgos de escuela que son claramente perceptibles en el trabajo de todos los investigadores.

Siguiendo este sistema, propongo realizar una división de la historia de la investigación en cuatro fases sucesivas, pero que se interrelacionan y mixtifican conforme avanza el tiempo:

1. *Fase de incertidumbre y primeros tanteos*, que se extendería desde el descubrimiento de la primera estela hasta los primeros estudios de conjunto a mediados del presente siglo.
2. *Fase del difusionismo centroeuropeo*, a partir de los trabajos de Almagro, si bien con raíces en la investigación anterior.
3. *Fase del difusionismo oriental*, desde los años setenta, con el descubrimiento y revalorización de la colonización fenicia en el mediodía peninsular.
4. *Fase antidifusionista*, en los años ochenta, caracterizada, más que por el predominio de tesis indigenistas

en boga, por la matización de las hipótesis anteriores y el fin de la polémica sobre el «pueblo» de las estelas.

En estas cuatro fases de la investigación puede resumirse gran parte de la discusión teórica mantenida sobre la posición cronológica y cultural de las estelas en la Protohistoria peninsular. Para su análisis detallado, vamos a prescindir sin embargo de las referencias cronológicas, ya debatidas (vide supra), y a concentrarnos en la atribución cultural realizada sobre las estelas, para ver como ha variado a lo largo del tiempo y que elementos han permanecido en ella, a pesar de los cambios realizados en la visión general.

Habremos, pues, de comenzar por el principio, con el descubrimiento de las primeras estelas a fines del siglo pasado y principios de éste. El honor de ser la primera en ser descubierta, al menos para el mundo de la arqueología, le cabe a la de *Solana de Cabañas* (Rosso de Luna, 1898), de la que ya hemos hablado. Ese mismo año se publicaba la segunda, hallada a orillas del arroyo Bonaval en Almendralejo (Monsalud, 1898). En 1905 se publicaron dos de las estelas de San Martinho (Tavares de Proença, 1905). Recientemente se ha publicado otro ejemplar en Valdetorres, del que existe referencia de su hallazgo en 1902 (González y Alvarado, 1989-1990).

Lo común a todas estas primeras estelas es el desconcierto producido por su hallazgo entre los investigadores. Rosso de Luna sólo se atreve a definirla como prehistórica, opinión que le rebate el Marqués de Monsalud, para quien se trata de estelas romanas, al haber identificado, según creía, dos letras en el escudo de la por él publicada de Almendralejo, y reinterpretado otra en el de la de Solana. Por su parte Tavares pide consejo a los especialistas europeos pues confiesa no saber encuadrarlas y la estela de Valdetorres, que un aficionado local remite, desconociendo su relación con las demás, al director de la revista de Extremadura, jamás fue publicada.

Las discusiones se prolongan durante medio siglo aún. Breuil (1917) y Bosch Gimpera (1921) creen poder fecharlas en el Hierro y Cabré (1923) opta por considerarlas pertenecientes a la Edad del Bronce. Estas atribuciones y otras (Mac White, 1947 y 1951; Henccken, 1950; Hawkes, 1952) fueron ampliamente discutidas por Almagro al realizar su corpus (Almagro, 1966: 11-9).

Hasta 1950 no se publica un estudio de conjunto sobre las estelas, debido a J. Ramón y Fernández Oxea. Por entonces se conocen doce estelas. Este autor recoge a grandes rasgos la hipótesis de Cabré, del que utiliza notas y con el que se había planteado en un principio realizar el estudio.

Para él las estelas decoradas derivan de las alemtejanas, y representan a un pueblo guerrero que se habría extendido desde el Sur de Portugal hasta las cuencas del Tajo y Guadiana (Ramón, 1950: 318), llegando incluso, hasta Jaén por la inclusión de la estela de Haza de Trillo (Mergelina, 1944). A través de toda la interpretación late el peso de las ideas difusionistas y del concepto imperante de cultura arqueológica, en el que los elementos de cultura material son rápidamente asimilados a rasgos

étnicos, por lo que no había ninguna duda que las estelas reflejaban la extensión de un único pueblo con una cultura uniforme que se plasmaba en las representaciones de las estelas. Es un claro reflejo de la idea Childeana de cultura, de la que en verdad nunca se han desprendido las estelas, y que como veremos late aún en los más recientes trabajos.

Algunas estelas más se publican en los años siguientes, algunas por el propio Ramón y Fernández Oxea (1955), pero sin duda el gran acontecimiento lo constituye la edición del corpus de Almagro (1966). Su novedad, más que en las hipótesis defendidas, reside en el gran peso tipológico de la argumentación y en la amplitud que alcanza. No sólo se duplica el número de estelas publicadas por Ramón y Fernández Oxea, sino que a su estudio se dedica, por primera vez, todo un libro en el que recoge gran número de paralelos para todas las representaciones que aparecen en las estelas, además de estudiar conjuntamente las estelas alemtejanas con las extremeñas, lo que en parte sirve para defender la filiación de éstas en aquéllas.

Por otra parte el prestigio de Almagro hace que sus conclusiones sean aceptadas rápida y, en gran medida, acríticamente por una mayoría de la comunidad científica, por lo que, como opina Celestino (1990: 48), contuvo la discusión teórica durante toda una década.

Pero en definitiva la hipótesis de Almagro se sostiene sobre la misma base que la de las anteriores. Las estelas representan a un pueblo guerrero (Almagro, 1966: 209) que ocupa el Suroeste peninsular a partir del 800 a. C. (*ibidem*: 207). La novedad radica en su concepción como un pueblo indoeuropeo integrante de las famosas invasiones célticas que el propio Almagro (1952) había estudiado y periodizado. En el origen seguían estando las estelas alemtejanas, pero sólo como precedente estilístico, ya que corresponderían a otro pueblo, asentado anteriormente en la región (Almagro, 1966: 212) y arrinconado por los recién llegados.

En dos puntos la explicación de Almagro supera con mucho a las anteriores. Por un lado se apoya en las fuentes, principalmente en Avieno, para distinguir a esos pueblos a los que atribuye las estelas: a los Cempsos las extremeñas y a los Conios o Cynetes las alemtejanas (Almagro, 1966: 209-15). Por otro, establece con decisión el rito que correspondería a ambos tipos de estelas: la inhumación (*ibidem*: 27, 105 y 199).

A esta segunda conclusión le llevan los hallazgos de losas alemtejanas sobre cistas que contienen cuerpos inhumados y las vagas noticias que hemos comentado sobre los enterramientos relacionados con las estelas de Solana y Granja de Céspedes, a los que pronto añadirá la de Setefilla (1970 y 1974). La explicación de la pervivencia del rito inhumador en un pueblo incinerador como sería el de los Cempsos —asunción particular del autor siguiendo la tónica dominante en las pretendidas invasiones célticas, pues las incineraciones de este período, y hasta bien avanzada la Edad del Hierro, brillan por su ausencia en el Suroeste (Ruiz-Gálvez y Galán, 1991; Belén, Escacena y Bozzino, 1991)— se basa en que constituiría un elemento de diferenciación de las élites, enterrándose al viejo estilo indígena (Almagro, 1966: 212-14), inconscientemente considerado más

culto en tanto su procedencia debe ser mediterránea. Habría que recordar, en este mismo marco, las teorías sostenidas para los enterramientos colectivos megalíticos, antes de las dataciones radiocarbónicas, como sepulcros familiares de gentes mediterráneas, toscamente imitadas en la Europa atlántica por los indígenas neolíticos (Childe, 1985: 159).

Los Conios serían así un pueblo de origen mediterráneo, paralelo a los creadores de la cultura del Argar (Almagro, 1966: 210). Serían también los responsables de la introducción del alfabeto en las estelas tartésicas coincidentes genéricamente con las alemtejanas en su ámbito de dispersión (*ibidem*) y en general de aquello que definimos como cultura en el Suroeste peninsular.

Hoy sin duda esta explicación invasionista no se sostiene, pero sería injusto no reconocer el mérito del trabajo de Almagro, que, a fin de cuentas, es con seguridad la mejor y más completa explicación que desde la óptica imperante en aquellos años y con los ejemplares conocidos se podía haber realizado. Hemos de recordar que apenas se habían iniciado los trabajos en las factorías fenicias del mediodía peninsular, cuyo hallazgo supuso todo un vuelco para la prehistoria peninsular.

En los años siguientes tan sólo el propio Almagro sigue publicando estelas (1970, 1972 y 1974), y los siguientes trabajos basados en el conjunto de las estelas se decantan más hacia la matización tipológica y cronológica que a la explicación cultural, implícitamente aceptada por el conjunto de la investigación.

Con el descubrimiento y valoración de los asentamientos coloniales fenicios del Sur peninsular, se produce lo que Almagro Gorbea (1989: 278) ha definido como un giro copernicano de la investigación. Pingel será el primer investigador en valorarlo así (1974), pronto seguido por el completo estudio de Almagro Gorbea (1977: 159-94). Paralelamente la hipótesis invasionista, algo matizada y actualizada es mantenida por Varela y Pinho (1977), para quienes las estelas testimonian el encuentro entre los grupos indoeuropeos establecidos en Extremadura y las influencias mediterráneas al sur de Sierra Morena, espacio que aquéllos, el pueblo de las estelas, habrían acabado dominando si hacemos caso a las fuentes (1977: 194-97). Este proceso sería visible en la propia evolución tipológica de las estelas, desde los tipos indoeuropeos puros, las sencillas panoplias de tres elementos, pasando por su complicación con materiales mediterráneos (espejo, fíbula, peine), y llegando en los momentos finales a fusionarse y crear un nuevo lenguaje, basado en el simbolismo de la figura humana.

La compleja tipología de Almagro Gorbea (1977: 163-74), traduce el mismo panorama, queriendo reflejar contactos precoloniales que el autor define como protoorientalizantes (*ibidem*: 194). Las estelas son vistas como surgidas de una suma de influencias: por un lado las losas-panoplia alemtejanas, por otro los gujarros estela antropomorfos del Bronce Medio, cuyos tipos se perpetuarían en estelas como Torrejón el Rubio II.

El mismo autor ha matizado recientemente su interpretación, proponiendo una secuencia más precisa para el proceso protoorientalizante que desencadenan las relaciones precoloniales procedentes de la «koíné levanti-

na procedente a la expansión fenicia que se extendía desde Chipre a la costa sirio-palestina» (Almagro GORBEA, 1989: 280).

A través de estas relaciones llegarían a la península toda una serie de objetos de prestigio, distribuidos en el circuito de intercambio entre las élites del Bronce Final y cuya adopción estaría evidenciando importantes cambios en sus formas de vida, en las técnicas y estrategias de combate y en el consumo de bebida, en el acompañamiento de música, en el vestido, etc. (*ibidem*: 282). A su vez, constituyen el inicio de relaciones paulatinamente más regulares e intensas que darán lugar al período orientalizante.

Este proceso puede subdividirse en cuatro fases sucesivas (*ibidem*: 283-84):

1. A partir del segundo cuarto del segundo milenio, con la llegada de los elementos más antiguos (fíbulas de arco de violín y de codo de tipos iniciales, prototipos de hachas de apéndices y de empuñadura directa).

2. Hacia el cambio de milenio, esos elementos se hacen más comunes y diversificados (escudos con escotadura en V, cascos apuntados, fíbulas de codo, vasos metálicos, aparición del hierro en contextos suntuarios). Sería en esta fase en la que se iniciaría el fenómeno de las estelas con los tipos IIA y IIB.

3. Desde mediados del siglo IX a. C. los elementos precoloniales se incrementan en mayor medida (peines, espejos, carros, cascos de cuernos). Es el momento del depósito de la Ría de Huelva y de los tipos avanzados de estelas (IIC), las más abundantes y de más rico ajuar.

4. A partir del siglo VIII a. C. se inicia el establecimiento de los asentamientos fenicios y da comienzo la fase auténticamente colonial. Los elementos de prestigio representados en las estelas son sustituidos por las importaciones de vasos griegos, vasos de bronce, objetos de marfil, etc.

Esta explicación integra los dos problemas básicos: quién esculpe las estelas y de dónde proceden los elementos en ellas representados. No queda claro, sin embargo, que atrae las navegaciones precoloniales durante varios siglos, puesto que no hay indicios de explotación a gran escala de los recursos mineros de la región durante el Bronce Final (Ruiz Mata, 1989). Además, en este esquema, el orden geográfico lógico de evolución de las estelas —de poder seguirla de las más simples a las más complejas— hubiera sido de sur a norte, y no el inverso que realmente existe, lo que viene a confirmar que debe haber al menos otras razones que expliquen el surgimiento de las estelas.

Con el descubrimiento del horizonte colonial fenicio, las hipótesis orientalistas cobran nuevamente una fuerza inusitada, representada en nuestro campo de estudio por dos autores de dispar concepción, pero que en definitiva usan un mismo patrón explicativo. Bendala (1977) y Blázquez (1975) reflejan en sus trabajos la revitalización de un difusionismo «ex oriente lux» muy acorde con las tradiciones clásicas que muestra la trayectoria de ambos. Difieren sin embargo, en la procedencia de los estímulos orientales que originarían las representaciones en las estelas. Para el primero, hay que paralelizar este período con el Geométrico griego, y por

tanto las estelas tendrán paralelos en el mundo egeo fundamentalmente, teoría ahora reafirmada para el autor por el hallazgo de las cerámicas micénicas de Montoro (Martín de la Cruz, 1988). Blázquez (1989: 35-6), en cambio, ve un compendio de influencias de origen semita, emparentables con la colonización fenicia, que trae todos esos objetos a manos indígenas.

En ambos casos las hipótesis se resuelven en la búsqueda de complejos paralelos que al final poco o nada demuestran, por su amplitud cronológica y por su sentido general. Así resulta cuando menos destacable como las estelas sobre las que Bendala ha construido los argumentos más sólidos de su visión sean relativamente atípicas dentro de la serie, bien por su extremo esquematismo (Setefilla), complejidad formal (Ategua) o lejanía al centro de desarrollo del fenómeno (Luna), por lo que, aun de ser ciertos los paralelos que aduce, se encontrarían prácticamente descontextualizados del fenómeno que se supone explican.

Por parte de Blázquez las hipótesis son típicamente coloniales, y su mayor aportación es una recogida abrumadora de paralelos, en tanto la atribución cultural permanece anclada en ideas sobre un origen centroeuropeo ya desfasadas (Blázquez, 1983: 219).

Aunque los trabajos de estos autores aún son de actualidad, en los últimos tiempos la tendencia se ha desplazado a una consideración de las estelas en su contexto social, como una respuesta a ese creciente orientalismo.

Así, Ruiz-Gálvez en 1984 defendía el indigenismo de las estelas, mientras Coffyn (1985: 211) destacaba el componente atlántico, sin dejar por ello de aceptar influencias centroeuropeas y mediterráneas.

Recientemente los trabajos de Barceló (1989) han vuelto a incidir sobre esta perspectiva, señalando la integración de las estelas en el medio indígena. Para él, la aparición de elementos orientales puede tener otra explicación, dentro de su asimilación por el mundo atlántico, cuyo comercio con Cerdeña parece bien documentado, y hoy mejor que nunca antes con el descubrimiento de un taller de fundidor en la Peña Negra de Crevillente donde se realizaban piezas de clara tipología atlántica (González Prats, 1990; Ruiz-Gálvez, 1990).

Por otro lado su explicación se parece mucho a otras anteriores. El fenómeno de las estelas parece proyectarse hacia el Sur según avanza la tipología de las mismas, lo que el autor identifica, tácitamente, con el establecimiento de poblaciones hacia el Guadiana y después el Guadalquivir (Barceló, 1989: 205). Serían así los tarterios, en cierto sentido, los responsables de las estelas, en un estadio anterior a su pleno desarrollo en contacto con los fenicios.

ANTE UNA NUEVA PERSPECTIVA

La entrada en escena de nuevas corrientes de pensamiento en la Arqueología española en los últimos años, procedentes fundamentalmente del ámbito anglosajón, ha tenido escaso reflejo aún en este campo de estudio, a pesar de sus interesantes aportaciones en aspectos como

la relación con el espacio y el paisaje, o la configuración social de los pueblos prehistóricos y la explicación de las razones del cambio cultural. En cierto sentido, esta es la vertiente que vamos a intentar desarrollar en los siguientes capítulos, a través de la puesta en relación de las estelas con su contexto más inmediato y accesible: su entorno geográfico físico y humano.

El emplazamiento geográfico concreto de las estelas ha sido siempre un punto de vista infravalorado por su acítica consideración como elementos descontextualizados. Reestudiando este aspecto quizás lleguemos a nuevas conclusiones sobre las que poder trabajar en el futuro.

El trabajo de Almagro (1966), aparte de insertar el estudio de las estelas en unas coordenadas culturales y cronológicas determinadas, tuvo otro efecto derivado de su propio prestigio: fijar el modelo de estudio de las estelas a semejanza del por él utilizado.

La descontextualización ampliamente admitida para estos monumentos hizo que apenas existiese preocupación por dejar constancia de los lugares de hallazgo. Y aunque es cierto que en algunos casos lo único que pudieron recoger los investigadores fue referencia, incluso dudosa, del municipio donde se halló la pieza, en cualquier caso no hubo nunca un interés manifiesto por el estudio o determinación de esos lugares. Apenas de un 15% poseemos datos de las coordenadas del hallazgo dadas por los publicadores y tampoco en todos los casos tenemos un plano de localización a una escala aceptable, cuando los errores no son manifiestos al situarlas.

Sólo algunos autores en estos años tuvieron una preocupación algo destacable o crítica sobre los aspectos que aquí deseamos estudiar. Rodríguez Hidalgo (1983) al publicar la estela de Burguillos recuerda como el patrón de localización de las estelas del Guadalquivir es siempre similar, y también como, a falta de pruebas concluyentes sobre su función como marcadores de tumbas,

las estelas pudieran haber sido cenotafios o monumentos memoriales a personajes ilustres, idea que también recoge, como posibilidad, Coffyn (1985: 211) y que también fue barajada por el propio Almagro (1966: 201).

Indudablemente las estelas representan un fenómeno regional, pero claramente influenciado por las corrientes comerciales en las que la Península Ibérica está inmersa durante el Bronce Final. Por otra parte, hay que estudiar detalladamente su dispersión y extraer conclusiones de ella para así interpretarlas más correctamente. Los elementos representados tienen mucho de simbólico y su representación o no en cada monumento debe haber tenido un sentido específico y relevante.

Resumiendo todo lo antes expuesto, me gustaría resaltar las siguientes ideas:

1. Las estelas no son cubiertas ni marcadores de tumbas, lo que no excluye que su contenido tenga un carácter simbólico de tipo funerario.
2. Por ello, no se representan ajuares, sino un conjunto de elementos cuyo valor simbólico puede trascender la cronología de los referentes reales con los que hemos querido datar las estelas.
3. Así pues, no tiene caso establecer una cronología interna firme en la serie, y todos los ejemplares pueden haber sido coetáneos, al menos en uso.
4. Los intentos de ver en las estelas movimientos de pueblos o fases sucesivas de un proceso precolonial han de ser tomados con reservas.
5. En conclusión, las estelas han de ser contempladas desde una óptica que prime los factores regionales e internos del fenómeno, frente a los tradicionales cronológicos y externos.